

Valoración de los resultados electorales

Anotaciones sobre el 3-M

Las elecciones y el proletariado

“El sufragio universal es el índice de la madurez de la clase obrera. No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual”.

Con estas palabras, Engels y Lenin resumieron las posibilidades y los límites que las elecciones parlamentarias imponen a la política proletaria. Si los miembros más conscientes de la clase obrera no quieren caer en los vericuetos estériles de la política burguesa valorando los resultados de las últimas elecciones generales con análisis pomposos sobre los “cambios en la política nacional” o con fútiles sugerencias sobre posibles pactos o vías de consenso, o acerca de la necesidad o no de un “gobierno fuerte” o “estable”, etc., tendrán que tener muy presente esas palabras, que expresan principios ideológicos que debe respetar cualquiera que pretenda aplicar un análisis acorde con el punto de vista más coherente con la clase obrera.

Guiándonos por esas palabras, por tanto, lo primero que hay que reseñar del acontecimiento electoral del 3 de Marzo es que, por ahora, las grandes masas trabajadoras de este país confían o tienen puestas sus esperanzas en el parlamentarismo burgués. Esto, naturalmente, es una consecuencia directa del triunfo del revisionismo y de la liquidación del PCE como partido revolucionario. Desde que la Revolución de Octubre abrió la era de la Revolución Proletaria, es un hecho que llegó la fecha de caducidad del parlamentarismo y que unas de las tareas de los comunistas consiste en mostrar y demostrar políticamente la realidad de este hecho histórico. Pero los falsos “comunis-

tas”, dirigidos por los Ibárruri, Carrillo, Iglesias y Anguita, se han negado sistemáticamente a practicar una política consecuente con esta verdad y, al contrario, han seguido imbuyendo en la conciencia de las masas trabajadoras falsas ilusiones sobre las posibilidades del parlamentarismo de cara a la solución de sus problemas, escondiendo premeditadamente ante sus ojos el carácter del Estado burgués, el carácter de dictadura burguesa de la actual Monarquía parlamentaria española.

Lejos de cumplir con ese deber, su política de liquidación tanto del programa del Socialismo y del Comunismo como de las conquistas y de los derechos arrancados por los trabajadores de las avaras manos de la burguesía ha servido de base para la ofensiva que el capital ha iniciado en todos los campos, y, en particular, en el campo ideológico, lanzando una vehemente campaña propagandística de legitimación de sus podridas instituciones, de la “democracia representativa” (que no representa más que a los ricos) y de la “paz social”.

En este contexto, los propagandistas del Comunismo verdadero (no el del engendro PCE-IU) deben emplear todos sus recursos para que, ante la clase obrera, queden bien delimitados los campos ideológicos entre lo que son sus verdaderos intereses de clase y los de su clase enemiga. Sin este deslindamiento ideológico, el proletariado jamás estará en condiciones de comprender cuáles son sus verdaderos objetivos políticos. Flaco favor le hacen, por consiguiente, aquéllos que, autodenominándose marxistas-leninistas, participan en el juego electoral y comulgan con las reglas del juego del sistema burgués. Aquéllos que reconocen que no pueden hacer política y que no están en condiciones de presentar candidaturas a las elecciones, pero que, aún así,

piden a los trabajadores que participen en la mentira electoral; aquéllos que quieren participar en la política burguesa reconociendo explícitamente que no existe política proletaria que pueda atraer los sufragios de los trabajadores; aquéllos que piden el voto obrero al partido “menos malo” del sistema o que piden el voto obrero en blanco, legitimando así ese sistema en términos objetivos, se ponen del lado (o detrás) de los Anguita y demás cínicos “izquierdistas”.

Que partidos obreros pequeños elaboren un programa y concurren con él a los comicios, puede parecer legítimo; pero quien ni siquiera tiene un programa y pide el voto en blanco aduciendo que eso es leninismo está insultando a los comunistas honestos de este o de cualquier país. Lenin decía, “presentémonos” o “creemos una alianza electoral para presentarnos”, si las condiciones lo requieren; o, por el contrario, “boicoteemos las elecciones”, si así lo requieren esas condiciones; pero nunca pidió el voto en blanco o el voto que no fuera dirigido a candidaturas en las que no hubiese verdaderos comunistas. Utilizad el parlamento para propagar el Comunismo; no lo utilizéis si el movimiento de las masas va en ascenso y los trabajadores crean sus propios órganos de representación: así ve el leninismo el problema de las elecciones. Jamás se le ocurriría acercarse a las masas con patrañas como el voto en blanco o el voto al oportunismo. “Utilizad el parlamento para demostrar a las masas que no sirve; utilizad el parlamento para elevar la conciencia de los trabajadores”: así reza el leninismo, que no tiene nada que ver con propuestas electorales que dan a entender o pueden dar a entender que el parlamentarismo es la única forma de democracia, que el parlamento burgués puede representar verdaderamente a los trabajadores (que es pretender bastante más que verlo como representa-

ción termométrica de su conciencia de clase) o que el parlamentarismo es una vía de solución de sus problemas. Esto es puro oportunismo, esto es liquidación de toda política revolucionaria o es la negación de la necesidad de elaborar una política revolucionaria y de clase independiente para el proletariado.

Las elecciones y la burguesía

La consecuencia más importante del 3-M es que, por el momento, la burguesía monopolista de este país se ve incapaz para consolidar el modelo bipartidista y el sistema de "turno de partidos". Con toda probabilidad, el próximo gobierno lo encabezará Aznar, pero su estabilidad será precaria. El papel que han adquirido los partidos minoritarios, sobre todo los de la burguesía nacionalista moderada (CiU, PNV y CC), entorpece la ágil capacidad de maniobra política que requiere un gobierno cuya finalidad principal es la de cumplir los planes estratégicos del imperialismo español en el mundo.

Los grandes capitalistas de este país -que son quienes tienen la sartén por el mango, con Franco y después de Franco-, diseñaron un sistema electoral mayoritario (menos que el inglés, pero lo suficientemente alejado del sistema proporcional como para evitar tendencias a la "italianización") que garantizase gobiernos sólidos que pudiesen aplicar políticas acordes con sus intereses. Con la UCD y el PSOE lo consiguieron. Ahora, con el "partido de turno", no lo tienen tan claro. La caída de la Bolsa del 4 de marzo es buena prueba de ello.

El inesperado apoyo popular al PSOE en las urnas ha sido el principal escollo. Este partido rentabiliza de una manera innegablemente hábil 40 años de sufrimiento del pueblo español, y -como advertímos hace un año- sólo tiene que tocar *a somaten* contra el "ascenso de la derecha" (del franquismo y de los franquistas, en el subconsciente popular) para que los trabajadores corran frenéticos

hacia las urnas con la papeleta de ese partido en la mano. Lo cual, a su vez, da cuenta del ridículo papel de IU como "alternativa de izquierda". Desde luego, quienes aceptan y defienden la dictadura burguesa y juegan a ser su "ala izquierda", sin más política que la "ética y la honestidad" y sin más programa que la Constitución, no pueden pretender sustituir a un partido que defiende lo mismo y que, además, parte con una ventaja inicial (casi 14 años en el poder). La mentalidad de la gente es sencilla y tiende siempre a reducir las cosas a su mínimo denominador, y la política de IU no se diferencia en nada de la del PSOE: ¿para qué dividir a "la izquierda"?

El fracaso de IU y de Anguita en estas elecciones ha traído como corolario una nueva ofensiva, dentro de la coalición, de la corriente de *Nueva Izquierda*, que, como se sabe, actúa como "submarino" del PSOE en su seno. Cuestionan al Coordinador General y, con él, el hegemonismo del PCE. Y es lógico que el aldabonazo electoral en plena frente ponga sobre aviso a quienes no ven ninguna diferencia política de fondo con los González y los Barrionuevo (y en esto son honestos) e insinúen que lo de la "casa común de la izquierda" no es una mala idea y que las políticas "a la griega" (caso del PC de Andalucía)

son juguetes de señorito de casino cuya factura hay que pagar a la larga, por muy imbuído de purismo moral e inspirado por la justicia eterna que se esté, cuando de lo que se trata es de "mantener el tipo" y seguir viviendo del cuento de la política cuanto más tiempo mejor.

Sólo cuando el Comunismo sea una alternativa real, no a los partidos de la dictadura burguesa, sino a la dictadura burguesa misma; sólo cuando la palabra "comunismo" signifique algo más y algo diferente a la defensa de la poltrona de unos vividores (pues no son otra cosa los políticos de la burguesía en el pensamiento del pueblo), y sólo cuando el Comunismo reconstituya en este país un partido capaz de desarrollar una política que refleje los verdaderos intereses de los trabajadores, sólo entonces el proletariado y todo el pueblo apoyarán, en el parlamento o en la calle, siglas, símbolos y banderas que defiendan sinceras ideas de transformación, no mentiras ni intentos de *lesa traición*.

Una lección nos ha traído el 3-M: que el pueblo, a su manera y dentro de los "límites legales establecidos", también puede y sabe castigar a los necios oportunistas.

Antonio Blanco

